

CLAUDIA ULLOA DONOSO

Pajarito

# ÍNDICE

## LABORES

Pajarito .....	9
Titiritera .....	17
Madera .....	19
Revelados .....	23
Pasatiempos de escritor .....	27
Tercera conjugación .....	33
Salvavidas .....	35

## COSA DE DOS

Una de Bollywood .....	43
Línea .....	47
The wrong girl .....	51
Planta .....	53
Eloísa .....	57
Cosa de dos .....	63
Plástico .....	67

## AQUÍ Y ALLÍ

Tipo B .....	73
Pensamientos plastilina .....	75
Olor a pescado .....	79
Recuerdo .....	83
No recuerdo .....	87

## PLACEBO

Placebo para no morir desangrada .....	95
Hacerse cargo .....	101
Oppfølgingstjenesten .....	105
Tom .....	109
D. ....	113

## SANGRE Y AGUA

Piscina .....	121
Ahogado .....	127
Falange .....	131
La sangre llama .....	135

## Å HÅPE

Espera .....	145
Viaje .....	147

# LABORES

## PAJARITO

*He loves to seat and hear me sing,  
Then, laughing, sports and plays with me;  
Then stretches out my golden wing,  
And mocks my loss of liberty.*

William Blake

KOKORITO ES UN GATO de pelo negrísimo, huraño y de siete kilos de peso. Cada cierto tiempo trae en su hocico respingado pájaros en agonía o ya muertos a la casa. Dicen que los gatos traen animales muertos a las casas de sus dueños como una forma de regalo o de trofeo. Quién sabe. Kokorito nunca se come a los pájaros: los tortura, juega con ellos como si jugara con su pelota de lana y al final los deja siempre en mi cama, lugar desde donde últimamente suelo hacer todo, hasta comer.

Kokorito, con sus siete vidas en América y nueve en la península escandinava, me regala la muerte, pero yo ya le he visto la cara varias veces y me basta por ahora.

Sin embargo, a veces creo que mi gato insiste en que debería ver aún más de cerca a la muerte para que no me pese tanto. Él lo sabe, porque, como ya lo dije, tiene por lo menos siete vidas y ya debe de haber perdido algunas cuando pasó veinte días desaparecido en el invierno polar y un día regresó, abrió la ventana con su

pata derecha, como acostumbra hacerlo, bebió un poco de agua y durmió casi por dos días en mi cama; luego se levantó, maulló y empezó una nueva vida.

Intuyo también que Kokorito intenta darme un regalo único y extraordinario, pretendiendo que contemple las agonías de esos animales tan pequeños y frágiles y que todo sea un gerundio de latidos, respiraciones, movimientos que se vuelven de pronto pretéritos indefinidos para siempre. Quizá se empeña en que entienda y aprecie (en todo el sentido de la palabra) que ese preciso segundo en que la vida desaparece es único en todo ser vivo y no puede repetirse más.

Cuando encuentro a estos animalitos muertos, que generalmente son pájaros, lo que suelo hacer es buscar un *kleenex* o una servilleta de papel, y escojo cuidadosamente el color, como si les escogiera la mortaja, para luego enterrarlos o esconderlos entre las hojas secas y los abedules. Cuando están en agonía, los envuelvo en papel de cocina ligeramente húmedo y les dejo la cabeza al descubierto para que respiren. Los caliento entre mis manos, les limpio la sangre, les acaricio la cabeza y trato de abrirles el pico.

La línea 2 que parte desde Øvre Hunstadmoen es la única que me lleva al centro de Bodø y pasa exactamente cada veintisiete minutos a partir de las seis de la mañana. Siempre me sucede que llego muy temprano a las citas, o de lo contrario, si pierdo el autobús, siempre llegaría tarde.

Hoy, saliendo hacia el paradero de Øvre Hunstadmoen con los minutos justos para llegar al centro, puntualmente, veo un pajarito moribundo escondido en un rincón del pasillo, cerca del lugar donde dejo mis bolsos y chaquetas cuando llego a casa. No puedo dejarlo allí muriendo e irme, tampoco puedo perder el bus. Voy a la cocina, humedezco con agua tibia el papel toalla, lo recojo

y me lo guardo en el bolsillo derecho del abrigo. Salgo de casa corriendo.

Al abordar el bus, el chófer observa que solo uso la mano izquierda con mucha dificultad para abrir mi bolso, sacar mi monedero y pagar el pasaje. Observa mi torpeza para maniobrar con una sola mano y repara en que mantengo la otra en el bolsillo del abrigo. Sabrá ahora que algo me traigo entre manos, escondido en el bolsillo derecho: una navaja, un teléfono, mi puño congelado o quién sabe; quizá sepa que llevo un pajarito agonizando o ya muerto.

Los noruegos suelen quitarse el abrigo inmediatamente después de ingresar a un lugar cerrado pues todos tienen calefacción. Si es un lugar familiar, además del abrigo también se quitan los zapatos. Hay perchas empachadas de abrigos y chaquetas como hombres inmensos, con guantes y gorros; otras están fijadas en la pared en una línea, una fila de hombres y mujeres colgados, desollados, muertos como las reses aún enteras y despellejadas del matadero.

En una entrevista de trabajo para obtener el puesto de asesora de proyectos del Departamento de Cultura, es mala señal no quitarse el abrigo al entrar a la oficina y saludar al entrevistador, pues eso demuestra que no eres una persona abierta, que llevas una coraza y que por debajo de ella habrá varias capas que el entrevistador no podrá ver, pero quizás sí podrá imaginar. Si no te quitas el abrigo, el entrevistador imaginaria todas las capas de tu personalidad hasta llegar al color del sostén que llevas puesto y no necesariamente imaginara las cualidades y el sostén adecuado para obtener el cargo. Con esa coraza te presentas como un armadillo, una tortuga o un puerco espín que no se comunica, que esconde la cabeza y muestra las púas, que va lento y todo esto no sirve para este caso; pero yo le sonrío, eso ayuda según los consejos para

## TITIRITERA

A LOS DIECISÉIS AÑOS descubrí que mi vocación era ser titiritera, pero la vida me ha llevado por otro camino: trabajo como recepcionista de hotel y a veces me siento títere de mi jefe, del gerente, del jefe de personal y de los huéspedes: siempre sonriendo y hablando con un tono de voz demasiado cordial para ser real.

Pero hoy, a mis veintiséis, he decidido seguir mi vocación.

Empiezo por el títere de mi jefe y le levanto los brazos y simulo su voz de pajarito:

—La recepcionista es la más inteligente que hay en este hotel; debería ser ella la jefa. Además es muy guapa, aunque ella no lo sepa.

Hago lo mismo con el jefe de personal y finjo su voz de león aburrido:

—Sí, es talentosa, le vamos a dar un ascenso, además sabe cinco idiomas. También sería bueno considerar su petición de cambiar el uniforme.

Y ahora muevo al gerente general, le levanto los brazos y le creo una voz de tenor:

—Soy un titiritero malísimo y fracasado porque no dejo a mis títeres ser fieles a sus personajes. La recepcionista no es recepcionista, es princesa de otra obra, no debería estar en esta obra mediocre llamada hotel Holiday Inn.

Así acaba mi primera función: he logrado moverlos como mis marionetas; que levanten las manos y se queden en silencio

## MADERA

DE VEZ EN CUANDO, me llaman para trabajar en el aserradero. El trabajo es bastante simple, aunque siempre se corre el riesgo de perder una mano. Hace varios años trabajé en una carpintería artesanal. Allí aprendí a cortar madera en un corte en línea recta y perfecto.

El trabajo en el aserradero es muy monótono. Se trata de cortar la madera en listones o trozos simétricos. Para eso, la empujo hacia la sierra deslizándome apenas en un solo movimiento del torso. Apoyo las manos sobre la madera y la empujo estirándome como un gato después de un sueño profundo, desperezándose hacia la cuchilla, firme, sin miedo, despertando.

Mientras cortaba la madera, pensaba en escribir. Me he dado cuenta de que estar en situaciones de riesgo en un ambiente monótono (un ruido, un movimiento que se repite) crea en mí la desconexión precisa para escribir. Yo pensaba que para escribir necesitaba silencio y soledad, pero de eso he estado rodeada últimamente y al parecer no sirve. No he escrito nada. Solo he tratado de llenar el silencio y la soledad con películas o con los ruidos de los electrodomésticos.

Le echaba la culpa a la ausencia de palabras (escritas) a mi trabajo en la veterinaria. Había días en que me lamía la cola y maullaba después del almuerzo, abría las alas como un pajarito, apurándome para no perder el bus, o ladraba cuando alguien se me acercaba.

\*

Un estereograma es una ilusión óptica.

Esa ilusión se basa en la capacidad de nuestros ojos de captar imágenes desde distintas perspectivas, las que nuestro cerebro procesa de tal manera que, cuando miramos el estereograma, aparece delante de nosotros una imagen en 3D.

Se puede hacer un estereograma sobreponiendo dos fotografías tomadas desde dos ángulos ligeramente distintos.

Para lograr ver un estereograma tenemos que saber y entender de antemano que una imagen en 3D aparecerá delante de nosotros al desenfocar la vista.

He superpuesto una fotografía de mi infancia con una de mis veintiséis años: sentadas en el mismo sofá de la casa familiar, con la misma mirada, el mismo gesto en los labios que no llega a ser sonrisa, el mismo pelo peinado hacia el mismo lado, la misma postura de piernas cruzadas y manos sobre el regazo.

Desenfoco la vista y ahora puedo ver mi propia imagen en 3D, sentada en ese sofá y envejeciendo delante de mí.

Ahora el paso del tiempo casi no me angustia.

Porque he comprobado que envejecer es solo una ilusión que nace de sobreponer todas nuestras perspectivas delante de nosotros, confundiendo así a nuestro cerebro en un tiempo desenfocado, mientras fijamos nuestra vista en un punto en la nada.

## REVELADOS

HE CONSEGUIDO UN TRABAJO de medio tiempo en un estudio de fotografía.

Es fácil. Es casi como usar el computador porque mi trabajo es revelar, o más bien imprimir, fotos digitales. Me gusta el trabajo porque soy un poco *voyeur*, me encanta y me entretiene ver fotos de desconocidos.

Hoy vi cuarenta y cinco fotos del cumpleaños de una chica.

Cumplía veinticinco, vi sus velas en la torta de chocolate, vi sus regalos, vi a sus amigos y familia, la vi sobria y ebria, vi su cara distraída y también posando, vi a quienes quería más en esa fiesta y a quienes menos, vi también que estaba feliz a ratos y a ratos también como agobiada o indiferente.

Además, he visto hoy una boda, una excursión de pesca, el cumpleaños de un niño de mirada muy tierna, he visto una cena familiar —sí, familiar porque les notaba los mismos rasgos físicos en la cara— y he visto un funeral.

Me he detenido a mirarles las caras a los asistentes del funeral, a ver quién ha sufrido más y quién solo posa.

Entonces hago una lista, hago fichas según sus rasgos y les invento un nombre y un parentesco con el muerto.

Es difícil de hacer pues en las fotos de los funerales casi nunca nadie sonrío. Y digo casi nunca pues sonreír frente a una cámara es casi un acto reflejo al que estamos acostumbrados desde

## PASATIEMPOS DE ESCRITOR

HE DECIDIDO DEJAR DE escribir. Desde que mis libros están en todas las librerías del país vivo solo y me emborracho; mi comida sale siempre de una lata y fumo más que nunca. Algunos creen que este tipo de vida que llevo me hace bohemio, más atractivo y hasta me ayuda a vender más libros, pero la verdad es que soy solo un miserable. Quiero volver a mis aficiones de antes, las que dejé de lado por la escritura; coleccionar tornillos, por ejemplo.

Hasta ahora tengo más de trescientos tornillos de diferentes materiales —algunos hasta de plástico—, agrupados y clasificados por fecha y lugar donde los encontré. No son simples tornillos comprados en ferreterías, no. Estos son especiales, casi como las personas; al menos así los considero yo. El hecho de encontrarlos en la calle, solos y aislados, me hace pensar que escaparon de sus destinos de estar fijos en un solo lugar: ser uno más soportando una carga eterna. A veces se oxidan, pero al final eso es mejor que estar inmóvil para siempre en la prótesis de cadera de algún impedido físico o en los dientes falsos de alguna vieja avara que se queja de las palomas que anidan en su balcón. Porque de ese tipo de tornillos también tengo; los he encontrado en las calles próximas a los hospitales y están en el grupo de los que más valoro.

El tornillo que más aprecio fue uno que encontré en un fúnebral. Cuando el ataúd descendía a la profundidad de la fosa, de pronto, la puerta mal atornillada se salió de su sitio dejando ver

## TERCERA CONJUGACIÓN

HOY EN CLASE DE español revisamos el verbo regular de la tercera conjugación «vivir».

El grupo Español Principiantes (17:30 - 19:00) conjugaba perfectamente el verbo con la primera persona del singular en presente.

Vivo.

Y decían: vivo en una casa roja, vivo en Kongensgate 23, vivo en Bodø.

Yo escribía sus ejemplos en la pizarra y trazaba la V dos palos, la I un palo, dos palos otra vez, V y un círculo.

vivo

Once veces escribí con tiza blanca «vivo», y terminé agotada y con un nudo en la garganta.

Cómo decirle ahora a la clase satisfecha que vivir no solo es habitar una casa con dirección postal, ciudad, país.

Once veces leí «vivo» y pensé en mis tantas vidas de gato, y vi pasar mi vida hasta el día de hoy y vivir y vivir y otra vez vivir tantas veces.

Y a los once de la clase, con la voz ligeramente entrecortada, les dije:

—Pero «vivir» también significa algo más, que ahora mismo no vale la pena aprender.

Yo, por ahora, no lo puedo explicar.

El libro trata ese «vivir» en el módulo de nivel avanzado.

## SALVAVIDAS

HOY DÍA FUI A la universidad a inscribirme para el nuevo semestre. Estoy en el último año de la carrera, por lo que solo llevo cursos de libre elección. Al llegar al mostrador, pedí ayuda al chico encargado de las inscripciones.

—No sé qué cursos tomar.

—Déjame que vea tu perfil.

Tecleaba en la computadora y miró mi récord. Me dijo que tomara Ciencias Políticas, Política Exterior y Globalización y Sociedades Árticas.

—Sociedades Árticas sí me va a gustar... Me gustan los osos polares.

—¿Y qué más?

—Pues... no sé bien.

—¿Qué te gusta?

—Me gustan los osos polares y tu camisa morada. Podría ser Historia. Voy a tomar Historia.

Mientras buscaba los datos de los cursos en la computadora, apareció de pronto una mosca, una mosca revoloteando.

La mosca se posó sobre el chico de la oficina y empezó a caminar sobre él. Él seguía con su trabajo, imperturbable, moviendo solo el dedo índice sobre el *mouse*, frente al monitor. Yo veía como la mosca caminaba sobre su camisa morada, por el pecho, los brazos, le subía por el cuello, escalando por la piel rosada de

\*

—Te veo triste.

—Más bien estoy preocupada.

—¿Por?

—La jodí en el trabajo y creo que me van a despedir.

—...

—Imagínate trabajar en un teatro, cargando las cosas de utilería, encargarte del telón, de las alfombras y cosas así; y vas un día cargando la alfombra roja hecha un rollo, muy pesada, que se ha usado para el estreno, y estás en la parte de arriba del teatro y de pronto se te cae la alfombra sobre una fila de espectadores; les va torciendo el cuello, clac, clac, y va rodando y rodando, hasta que finalmente se desenrolla en el tablado y la actriz —mala de la obra y mala actriz a la vez— piensa que es parte del drama y en medio del acto camina sobre la alfombra triunfante, y la gente se va del teatro y solo quedan en la sala esa fila de espectadores con el cuello roto quejándose e inmóviles, la mala actriz y yo.

—No sabía que trabajabas en un teatro...

—No, no trabajo en un teatro, soy mesera. Y hoy que servía un vino carísimo se me resbala la botella de la mano, se rompe la copa que estaba llenando, clac, y el vino rueda y se esparce como una alfombra roja sobre ese mantel blanco, en medio de esos elegantes comensales, todos malos actores con cara de tragedia.

—Será que escoges los trabajos equivocados.